

Apuntes para una biografía de Sábato

Juan José Barrientos

A fines de los noventa, el editor Guillermo Schavelzon le pidió a Julia Costenla que escribiera una biografía de Sábato; ella había trabajado como periodista en la revista *Chicas* y colaboró, además, en *Ve a y Lea*, *Damas y Damitas*, *Che* y otras publicaciones, antes de dirigir la colección Crónicas de la editorial Jorge Álvarez y Radio Belgrano. A pesar de su considerable experiencia, el resultado, *Sábato, el hombre*, da la impresión de que no pudo cumplir con el plazo convenido y le entregó al editor sus notas con algunas cartas y fotos. Paradójicamente, eso le da cierto encanto al libro, porque rompe con los modelos establecidos y parece una especie de *do it yourself* que deja a los lectores en libertad de ordenar las piezas.

El libro comienza con una nota sobre la casa en que Sábato ha pasado la mayor parte de su vida y la historia del inmueble, que perteneció a Federico Valle. Éste quiso establecer ahí unos estudios cinematográficos al estilo de Hollywood, pero sólo se filmó ahí *El toro de las pampas*, sobre Luis Ángel Firpo, y Valle acabó dedicándose a una traducción del *Ulises* que nunca publicó. Sábato le rentó primero una choza —una “tapera”, dicen los argentinos—, donde escribió el *Informe sobre ciegos*; luego logró que le rentara, primero, y le vendiera, después, la parte del frente de la casa —tres habitaciones, baño, cocina y un *hall* que Sábato convirtió en comedor—. Al morir Valle, Sábato compró el resto de la casa, incluyendo el jardín con una araucaria y varios cipreses y magnolias. Tal vez en Estados Unidos, un editor le hubiera dado un nuevo plazo a Julia Costenla para que convirtiera su libro en una serie de reportajes sobre Sábato, pero Schavelzon se limitó, al parecer, a incluir al final una cronología.

A diferencia de Estela Canto y de María Esther Vázquez, que escribieron biografías nada reverentes de Borges, la señora Julia Costenla parece demasiado respetuosa y no se atreve a criticar a Sábato. A veces vuelve a contarnos lo que en diferentes momentos y lugares el escritor ya había narrado sobre sí mismo, pues, por ejemplo, en *Antes del fin* cuenta cómo, siendo muy joven, solía ir a pintar a un parque hasta que se encontró con una pandilla —una “patota”, dicen los argentinos— que le rompió los pinceles, la paleta y el cuaderno en que pintaba, y en la introducción a la edición del *Informe sobre ciegos* publicada por Muchnick ya había narrado las circunstancias en que redactó ese relato. En cambio, falta en esta biografía

contexto más amplio y que nos posibilite verlos desde otras perspectivas.

Por ejemplo, Costenla escribe que “Borges y Sábato se frecuentaron casi veinte años [pero] se distanciaron pública y notoriamente en 1951”. Según ella, Borges y Sábato “completaban y enriquecían cuentos de un tal Medina, personaje inexistente, al que atribuían gestos, modales, anécdotas” (pág. 148), pero Bioy Casares recuerda en sus *notebooks* que “Sábato se permitía, a manera de apoyo, pedanterías infantiles, que molestaban a Borges”, pues “si había dicho algo intencionadamente paradójico”, Sábato exclamaba (como si hubiera hablado otro y él aprobara al menos la audacia del concepto): “¡Margotismo puro!” Bioy agrega que “el tono de este comentario era de extrema suficiencia” y que si alguien le pedía expli-

caciones, "Sábato vagamente y con aire pícaro aludía a un profesor alemán llamado Margotius o Margotinus o algo así, que era su *Monsieur Teste*". Según Bioy, "Borges no celebraba la broma y nunca apreció mucho a Sábato: lo convencí superficialmente de que Sábato era inteligente [pero] Borges no creía en esa inteligencia cuando estaba solo o con otros amigos" (págs. 129-130).

Por cierto, acerca de Bioy Casares la Costenla sólo anota que Sábato reseñó *La invención de Morel* para la revista *Teseo* y que Pedro Henríquez Ureña leyó la nota y buscó a Sábato para pedirle que colaborara en *Sur*. En cambio, Bioy recuerda que el joven Sábato se le acercó "con mucho respeto" y lo trató como a "un escritor consagrado". Cuando Bioy publicó *Plan de evasión*, "Sábato apareció en casa arrebatado de admiración y le anunció el envío a *Sur* de una reseña". Por educación, Bioy le dijo que el libro no era para tanto y Sábato, convencido, acabó publicando una nota indiferente y desprovista de los elogios que Bioy había rechazado. La relación se enfrió definitivamente cuando Sábato le llevó el manuscrito de *El túnel* para que se lo revisara, y Bioy, que estaba corrigiendo unas traducciones, le devolvió "un librito... con las páginas garabateadas de elementales correcciones en rojo" y no dejó de señalarle algunos "errores de composición que no podían corregirse (como esa patética imitación de Huxley, la discusión sobre las novelas policiales que interrumpía el relato)". Sólo después, Bioy comprendió que "Sábato iba dispuesto a recibir elogios" y que sus correcciones le cayeron como un balde de agua helada.

Para desquitarse, años después, Sábato le dijo a Bioy Casares: "Cómo te envidio. Vos andás por la calle sin que nadie te moleste, sin que nadie te reconozca. Yo voy por la calle, y la gente me señala con el dedo: ¡Ahí va Sábato! Es horrible. Estoy muy cansado" (Bioy: pág. 131).

No es extraño por eso que la señora Costenla apenas mencione a Bioy en su biografía de Sábato, en la que por el contrario, le dedica bastante espacio a la relación de éste con el *Che* Guevara, limitada, por cierto, a un intercambio postal.

Tal vez porque le abrió las puertas de *Sur*, Sábato incluyó su reseña de *La invención de Morel* en su primer libro de ensayos *Uno y el universo*, pues al principio se sentía muy orgulloso de colaborar en una revista "donde publicaban los escritores más importantes" y cuyas páginas "nos permitían conocer casi todo lo nuevo en literatura" (pág. 131), pero, como de costumbre, Sábato acabaría distanciándose del grupo al que se había unido (con toda razón, claro). Cuando José Bianco hizo un viaje a Cuba invitado por los castristas, Sábato se encar-

gó de la revista. Bianco regresó a Buenos Aires "deslumbrado" por la revolución y, en consecuencia, perdió su puesto, quedándose sin recursos y "limitado a vivir haciendo traducciones". Sábato salió en su defensa y mantuvo algunas discusiones violentas con Victoria Ocampo. Finalmente, dejó la revista y durante años se abstuvo de publicar en ella y de hablarle a Victoria.

Roberto Alifano anota que Borges estaba convencido de que "Sábato quiere ser el primero, el número uno", porque "le interesa la fama, la posteridad y esas cosas" (pág. 85). Después de un viaje a los Estados Unidos, Borges mencionó una experiencia maravillosa que había compartido con María Kodama y que era un viaje en globo. Alguien observó:

—¡Borges es increíble, que con ochenta años Ud. se anime a esas cosas! ¡Sábato no lo haría!

—Depende—contestó Borges—, si invitan fotógrafos, seguramente sí.

Esta biografía de Sábato, dicho sea de paso, contiene más de 50 fotos del escritor y sus amigos, y la verdad es que éste es todavía muy fotogénico y aparentemente no lo molestan los *paparazzi*.

De acuerdo con la señora Costenla, Borges y Sábato "se reencontraron en 1974, pero no lograron recuperar la frescura de su antigua relación, a pesar de los esfuerzos de algunos amigos de uno y otro, como Orlando Barone, quien logró que volvieran a reunirse en una librería para conversar frente a un[a] grabador[a] entre diciembre de 1974 y marzo de 1975" (págs. 150-151); ella atribuye el distanciamiento a "la gestión de Ernesto como director de la revista *Mundo Argentino*, tanto como a la publicación de *El otro rostro del peronismo* y a su permanente defensa de los derechos humanos", pues en 1956 se publicó *Torturas y libertad de prensa, carta abierta al general Aramburu*. Sin embargo, por lo que dice Alifano es muy posible que Borges no viera en ese reencuentro sino un recurso publicitario de Sábato, que logró así realzar su imagen.

Es cierto que la señora Costenla entrevistó a varias personas que conocieron a Sábato y que reproduce algunas declaraciones de Rogelio Frigerio acerca de Sábato, pero éstas son algo reticentes. Sábato le dedicó *El túnel* a Frigerio, pero luego eliminó la dedicatoria por motivos que no se aclaran. De la ruptura, Costenla escribe solamente que fue "acaso la consecuencia de una serie de desencuentros de los que queda alguna correspondencia en poder de los protagonistas" (pág. 167), pero que ella no pudo ver o prefirió no comentar porque "Sábato no

quiere hablar del tema" (pág. 167). En cambio, Frigerio recordó que se conocieron en La Plata, donde aquel militaba en la juventud comunista y él en el belicoso grupo Insurrexit, del que era responsable Ernesto Sábato. Cuando Frondizi asumió la presidencia, Frigerio fue a ver a Sábato y le ofreció varios puestos importantes que rechazó. Al final, Sábato aceptó la Dirección de Asuntos Culturales del ministerio de Relaciones Exteriores, pero unos meses después renunció "por discrepancias con la política del desarrollismo".

En *Genio y figura de Ernesto Sábato*, Carlos Catania escribe que poco después de asumir la presidencia, Alfonsín nombró una comisión para investigar los crímenes de la llamada "guerra sucia" y que "como presidente fue designado Ernesto Sábato" (pág. 207), pero, interrogado por la Costenla, Alfonsín aclara que nunca le ofreció a Sábato la presidencia de esa comisión "que ejerció de modo natural una vez constituido el grupo" (pág. 223). De acuerdo con la Costenla, "entre noviembre de 1984 y mayo de 1994 se agotaron dieciocho ediciones del libro *Nunca más*, cuyo prólogo se atribuye mundialmente a Ernesto Sábato. Pese a que no lleva su firma" (pág. 227). El hecho de que un texto redactado por Sábato se publicara sin su firma seguramente hubiera sorprendido a Borges, pero no el hecho de que finalmente todo el mundo se lo atribuya. Tampoco le hubiera sorprendido enterarse de que, como vocero de la comisión, Sábato mantuvo más de cien entrevistas personales para la radio, la prensa y la televisión del mundo entero.

En *Aspects de la biographie*, André Maurois nada dice de la atención que se le debe prestar a la vida privada del biografiado, pero me parece que en una biografía de Enrique VIII no se puede dejar de hablar de sus esposas y, en cambio, en la de Oscar Wilde sus hijos no merecen tanta atención y apenas se les menciona en relación con los relatos que les hacía por las noches antes de que se quedaran dormidos. En el caso de Sábato me parece que sus hijos merecían más espacio del que les concede Julia Costenla, pues únicamente escribe que no recibieron instrucción religiosa de ningún tipo y que al tomar posesión como ministro de Educación (como miembro del gabinete de Alfonsín), el mayor, Jorge Federico, no quiso jurar por Dios, como era usual, y lo hizo por su honor y la patria, y que el menor, Mario, tuvo que pedir un permiso especial a las autoridades eclesiásticas para casarse, debido a que no había sido bautizado. También menciona la señora Costenla que Jorgito no cursó la primaria porque sus padres decidieron —¿no sería el señor Sábato?— que era una "innecesaria pérdida de tiempo" y organizaron sus estudios en casa. Borges y su hermana

tampoco fueron a la escuela de niños porque su padre, un anarquista, desconfiaba de la educación impartida por el Estado, pero la señora Costenla prefiere no relacionar a Sábato con una ideología subversiva y no arriesga ningún comentario sobre esa decisión. Como el niño mostró especial interés por la música, Matilde buscó el piano que le habían comprado sus padres, y así, Jorgito, que no alcanzaba los pedales, aprendió a tocar de oído. Más tarde, tomó clases con Celia Yankélevitch, una alumna de Scaramuzza, y además aprendió historia de la música, composición y armonía, pero nuevamente sus padres decidieron que la vida de un solista era muy dura —un concierto en París y otro en Oslo o en Nueva York, qué lata— y lo alejaron de la música. Siempre cauta, la señora Costenla únicamente anota que no fue nada fácil alejar al niño de la música, aunque éste era "callado y obediente", y que alguna vez Sábato le expresó a su hijo cierto sentimiento de culpa por haberlo alejado de la música, pero éste se limitó a decirle que había hecho bien y cambió de tema. De la vida del hijo entre el momento en que "sus padres" lo apartaron de la música y el día en que tomó posesión como ministro de Educación, no se nos dice nada, y tampoco se le dedica mucho espacio a Mario, el hijo menor, que al parecer por cierta influencia de Valle se convirtió en cineasta. Después de todo, ésta es la biografía de Sábato.

En resumen, el problema de esta biografía es que en realidad es una especie de autobiografía disfrazada, una autobiografía escrita en tercera persona y cuyo autor no es el biografiado, pues todo se presenta desde la perspectiva de Sábato, como si sólo Sábato tuviera derecho a hablar o escribir de Sábato, y falta una investigación lateral que nos permita situar los hechos en un contexto más amplio y que nos permita verlos desde otras perspectivas. Algo comparable, digamos, a la manera en que Goloboff da cuenta de las polémicas en que se involucró Cortázar. Es cierto que la señora Costenla registra en alguna parte algunas opiniones adversas al escritor, cuyos detractores consideraban que "no dijo bastante", "fue tan cómplice como complaciente" y "es un gorila sin redención", pero las saca de su contexto. ❖

Referencias

- Alifado, Roberto, *El humor de Borges*, 2ª ed., Proa, Buenos Aires, 2000.
 Bioy Casares, Adolfo, *Descanso de caminantes*.
 Catania, Carlos, *Genio y figura de Ernesto Sábato*.
 Costenla, Julia, *Sábato, el hombre: una biografía*, Seix-Barral, Buenos Aires, 1997.